

Nuestros lectores opinan

Balance de 2010

Luis Armando González

El año 2010 ha terminado y un balance del mismo se hace necesario. Sin ahondar en detalles, que obviamente sería preciso tratar en otro espacio y con mucho más tiempo, se abordarán aquí en sus líneas generales algunos de los aspectos más llamativos de las dinámicas económica, política, social y cultural suscitadas en 2010. Otros análisis y comentarios seguramente complementarán o corregirán los argumentos aquí esbozados.

Comenzando con la dinámica socio-económica, cabe destacar la persistencia, en 2010, del impacto de la crisis financiera mundial desatada a finales de 2008 y que no cesa de golpear a la sociedad salvadoreña. El deterioro de la situación económica de la clase media ha sido la consecuencia más evidente de la crisis financiera mundial, que en el país se ha traducido en un estrechamiento de las opciones laborales, la reducción de los ingresos familiares y la subsecuente dificultad para atender compromisos financieros -préstamos, tarjetas de crédito, obligaciones escolares, etc.— adquiridos con anterioridad a la crisis.

El boom del consumo de las fiestas de navidad y de fin de año no debe ocultar el impacto de la crisis en miles de hogares salvadoreños, principalmente de clase media. Obviamente, esa crisis ha irradiado sus efectos perniciosos sobre los sectores populares, los cuales vienen cargando sobre sus espaldas el peso de los problemas estructurales de la economía nacional: deterioro del sector agrícola, estancamiento industrial y, en la base de ello, la terciarización del modelo económico propiciada por 20 años de gestión de ARENA.

Asimismo, esa dinámica consumista puso de relieve dos graves problemas que urgen de atención: uno, relativo a los límites de San Salvador en su capacidad de acoger a vehículos del transporte público y privado; y otro, relativo a la cultura predominante en nuestro país, fuertemente consumista, competitiva e insaciable.

Sobre los límites de San Salvador, los mismos se pusieron de manifiesto a la largo del último mes del año, siendo crítica la situación en las vísperas del 24 y el 31 de diciembre. La ciudad colapsó con los miles de vehículos y personas que, sincronizadamente y a partir de un acuerdo tácito, salían un día y otro, a toda hora, a ocupar las calles de siempre, en dirección de los centros comerciales,

supermercados, almacenes, comercios informales y mercados.

Se trató de una auténtica locura que obliga a preguntarse por el futuro de San Salvador -y por extensión de otras ciudades del país—. Porque en efecto, como van las cosas en El Salvador, lo que se vivió en el espacio urbano capitalino en los fiestas de navidad y año nuevo amenaza con convertirse en una realidad cotidiana si no se pone un alto, de manera drástica, a las dinámicas de transporte público y privado actualmente vigentes.

Definitivamente, en San Salvador hay demasiados buses y microbuses. Esta es una verdad inobjetable. En lo inmediato, se tiene que hacer un recorte significativo de las unidades en circulación; en el mediano y largo plazo, el Estado debe ser el que controle el transporte público de pasajeros.

Un diagnóstico de las necesidades de transporte en el país -y no sólo en la capital— es fundamental para determinar cuántos buses y microbuses deben circular. Este debe ser el criterio que debe regir las decisiones en torno al transporte público de pasajeros y no las ambiciones de los empresarios que viven de ese negocio. En lo que atañe al transporte privado, también se tiene que reducir la cantidad de vehículos en las calles; la implementación del mecanismo del “hoy no circula” es algo imperioso. Tarde o temprano se terminará por impulsar esa medida, guste o no a quienes identifican su felicidad con andar en vehículo.

La felicidad (supuesta o real) que se consigue manejando un vehículo hace parte de la cultura predominante en El Salvador, es decir, la cultura globalizada. Una explosión de esa cultura fue la que se vivió en las fiestas de navidad y fin de año; explosión que fue alentada por la publicidad comercial que se la ingenió para ofrecer al público consumidor --no ciudadanos ni ciudadanas— todo aquello de lo que se había carecido a lo largo del año 2010.

En la línea de la dinámica social, en 2010 fueron llamativos los brotes de violencia en la ciudad capital, asociados a protestas de sectores comerciales informales que han sido desplazados del espacio público por las autoridades municipales. La contrapartida de estas protestas es el relativo apagamiento del movimiento social que en años anteriores asumió la lucha en contra de la minas y las presas hidroeléctricas. Esta desactivación quizás guarde relación con la atención que desde el gobierno -a través del Ministerio de Medio Ambiente— se está dando a las demandas de los sectores sociales afectados por las iniciativas de explotación minera y de construcción de presas.

Como trasfondo de lo anterior está la violencia criminal que no parece tener solución en el corto plazo. Todo parece indicar que 2010 cerró con unos 4 mil homicidios, no muy lejos de los 4, 382 con los que finalizó el año 2009. Haber

impedido casi 400 homicidios es un logro, pero eso no debe hacer olvidar a los 4 mil restantes, pues ponen de manifiesto la tragedia social de El Salvador.

No es casual que, en un contexto de esta naturaleza, la economía y la inseguridad sean las dos mayores preocupaciones de los salvadoreños y salvadoreñas; y en ese sentido, son los dos principales desafíos con los que las autoridades gubernamentales deberán lidiar en 2011. A esos desafíos de carácter social, se añaden otros como afianzar lo que se ha hecho en el diseño y ejecución de políticas públicas que atiendan las necesidades de la población más vulnerable del país, entre la cual la juventud marginal urbana y rural merece una atención especial. Del lado del Ejecutivo, esto supone, en definitiva, cumplir con lo planteado en el Plan Quinquenal de Desarrollo 2010-2014.

En lo que se refiere a la dinámica política, en 2010 lo más importante fue la recomposición del aparato estatal, favorecida por el triunfo electoral del FMLN en las elecciones presidenciales de 2009. En 20 años el Estado salvadoreño fue debilitado por políticas de privatización y reducción que lo mermaron en sus capacidades de dirección de la sociedad en su conjunto. Desde el Ejecutivo es evidente el protagonismo de los ministerios de Educación, Salud, Obras Públicas, Medio Ambiente, Hacienda y Economía, todos los cuales son estratégicos para el desarrollo nacional. Las limitaciones de recursos están poniendo límites al trabajo de estas y otras instancias de gobierno, pero con lo poco que se tiene se está haciendo mucho por cambiarle el rostro al país.

Expresión de estos cambios estatales-institucionales es la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, que con sus sentencias ha puesto a la Constitución de la República por encima de intereses particulares que tradicionalmente se han servido de la ley para su propio beneficio.

La Sala de lo Constitucional está contribuyendo a la potenciación del Estado salvadoreño, no en la línea del autoritarismo, sino del derecho y la democracia. De este modo. La Corte Suprema de Justicia, a través de la Sala de lo Constitucional, está apuntalando la transición-consolidación democrática en un momento en el cual pareciera que la Asamblea Legislativa e incluso el Ejecutivo no tuvieran las suficientes energías para hacerlo.

Por último, tenemos la dinámica cultural, de la cual se tiene que decir que se resiste a entrar en otra lógica. La cultura que predominó en los últimos 20 años es la cultura del consumismo, el éxito fácil, la competencia desaforada en pos de bienes materiales que simbolizan prestigio y bienestar. Esa cultura nos ha llevado a un callejón sin salida, pues a su amparo han proliferado las prácticas sociales más anómalas para la convivencia social que se pueda imaginar.

El “sálvese quien pueda” llevado al extremo del abuso -tal como sucede en El Salvador en estos momentos— corroe los cimientos de la integración social, destruye el nexo social y conduce hacia la anomia. Es contra de esa cultura se tiene que ir. En buena medida, los esfuerzos que se realizan desde el MINED en pro de una transformación educativa tienen como objetivo suplantar la cultura predominante por otra en la cual la solidaridad, la fraternidad, el servicio y la atención de los más débiles sean los ejes que la articulen.

2010 fue un año de crisis económica, de limitaciones, de ahogo por las deudas, de frustración consumista. Pues bien, se tenía que dar a la gente la posibilidad de que compensara, en unos días -y con los ingresos extras de fin de año (bonos, aguinaldos, cuchubales, ahorros en cooperativas, remesas, etc.), todo lo que no se pudo tener en 11 meses de penurias económicas. Y así fue: en diciembre la gente se lanzó a las calles en busca de ofertas y rebajas tentadoras que le permitieran acceder a las marcas que, según la publicidad, no sólo traen la felicidad, sino que son el emblema del éxito y el bienestar.

¿Y las deudas? ¿Y los compromisos en educación, salud, vivienda? Eso -la realidad dura y cruda— se dejó para después, para cuando se disipe la alegría dejada no por las fiestas de navidad y de fin de año en sí mismas, sino por los bienes que los centros comerciales pusieron al alcance de nuestras manos, con las mayores facilidades de crédito o con descuentos nunca soñados por compras en efectivo.

En parte, el colapso de las calles en diciembre fue causado por los desbordes consumistas de una sociedad atrapada en las redes de una cultura que tiene como emblemas el éxito fácil, el confort y lo efímero. No es una cultura que cultive la vida, la solidaridad o la atención a los más débiles, sino todo lo contrario. Es una cultura que fomenta el aplastamiento de los débiles, la competencia agresiva -que es lo que se vivió, paradójicamente, en las calles de San Salvador en estas fiestas de navidad y año nuevo— y la ostentación de los bienes que simbolizan éxito y bienestar. No vamos a ninguna parte con esta cultura: tropezamos, una y otra vez, con la misma piedra. La sociedad salvadoreña no da señales de querer encontrar el norte que le permita ser una sociedad viable. Es como si su opción exclusiva fuera ir hacia el despeñadero de lo inmediato y lo banal.